

Ha querido ser objetivo, haciendo suya la norma, que se repite a sí mismo, del profesor Seco Serrano, de que «el historiador ha de proponerse una toma de contacto, no una toma de posiciones, ante la realidad..., esforzándose en buscar las razones de sus protagonistas». Tarea siempre difícil y más cuando se trata de buscar las «razones» o «sinrazones» en una época tan cargada de radicalismos y de posturas apasionadas. De este modo puede preguntarse al final sobre si se puede seguir hablando o no de la intransigencia de la Iglesia ante la nueva situación política que vivió España desde septiembre de 1868 hasta finales de 1874. Vicente Cárcel muestra a través de su estudio que, pese a tantas y tan diversas tensiones, así la Santa Sede como los obispos españoles procuraron evitar cualquier motivo de conflicto con las autoridades civiles, sin que por ello dejaran de manifestar en todo momento su más enérgica protesta por la discriminación, legislativa y de abierta o solapada conducta, que el Estado vino haciendo de la Iglesia. Como éste, también se van aclarando otros interrogantes; y en ello encontramos uno de los grandes méritos de la obra.

En una mirada de conjunto, nos parece más llena y elaborada ésta en los capítulos de la primera parte. En los de la segunda —cosa que viene a reconocer el mismo autor— algunos necesitarían quizá mayor reflexión y amplitud, «por ejemplo, las dedicadas al clero y al pueblo, que merecen estudios locales más profundos» (p. 16).

Sin que, como también afirma, pretenda llenar ningún vacío, este nuevo estudio nos parece tan enriquecedor, no sólo por la abundantísima documentación que aporta, sino por el abanico de nuevas pistas de investigación que nos ofrece, que a no dudarlo habrá de tenerlo en cuenta cualquiera que de ahora en adelante se adentre en el conocimiento no sólo de este período, sino de la historia de la Iglesia española del siglo XIX.

F. Martín Hernández

### 3) FILOSOFIA

F. Brentano, *Sobre la existencia de Dios*, trad. y pról. por A. Millán-Puelles (Madrid, Ediciones Rialp 1979) 474 pp.

Brentano presenta una papeleta nada fácil para el historiador de la filosofía. Por una parte, su obra presenta caracteres un poco extraños para colocarla con facilidad dentro de las corrientes de su época y uno sentiría la inmediata tentación de pasarla por alto o circunscribirla al círculo limitado de los especialistas en aristotelismo; por otra parte, su influencia es tan decisiva en la filosofía posterior que su nombre no puede silenciarse. De él deriva de algún modo la obra de su discípulo Husserl (y toda la fenomenología, por tanto), pero también la obra de su discípulo Meignon y el grupo de Graz (en algún sentido, por tanto, la *Gestaltpsychologie* a través de Ehrenfels), los axiólogos lo han reconocido como uno de sus inspiradores, incluso a través de Twardowski su influencia está presente en la escuela lógica de Varsovia y el propio Freud se contó entre sus oyentes. Esto ha conducido a un interés mediatizado por el maestro austriaco y a la tentación de considerarlo reiteradamente como «predecesor» de otros, siendo la etiqueta más socorrida la de «prefenomenólogo»; tal método es historiográficamente incorrecto de raíz porque nadie se reduce a ser mero «predecesor» de lo que

luego en el futuro se haga desde su obra. No es menos sorprendente, sin embargo, que ese increíble florilegio de discípulos excepcionales esté compuesto prácticamente por discípulos «díscolos», cuyo pensamiento terminó siendo rechazado por el maestro en que decían inspirarse. Tal situación podría llevar a la sospecha de si la labor docente de Brentano, que tan buenos discípulos generaba, sería más importante que su obra pensada para la publicación. Lo cierto, sin embargo, es que la publicación de algunos de esos cursos por discípulos fieles (sobre todo O. Kraus y A. Kastil) no cambió mucho la situación y uno sospecha si el implacable rigor lógico del maestro habrá dejado huella más permanente sobre sus discípulos que su propio pensamiento concreto. En España, por cierto, el nombre de Brentano debería ser más conocido de lo que es; quizá se trate de la lengua no alemana que cuenta con mayor número de traducciones de sus obras y quizá también una de las que han proporcionado más investigaciones de altura: baste mencionar aquí entre los pioneros a Ortega y Zubiri, continuados luego por H. Rodríguez Sanz, M. Cruz Hernández y A. Satué Alvarez, sin mencionar a los especialistas en psicología o axiología.

Que esto no ha dado muchos frutos y que la queja del prof. Cruz Hernández allá por 1953 sobre el hecho de que para la mayoría Brentano era sólo «un nombre» sigue vigente es algo que muestra el hecho de que ahora el prof. Millán-Puelles necesita un largo prólogo (pp. 11-45) dedicado en gran parte a justificar la traducción de estos cursos. En 1929 A. Kastil presentó con el título *Vom Dasein Gottes* el texto de lecciones que sobre el tema había dado su autor en sus cátedras de Würzburg y Viena entre 1868-91, explicando allí la historia del texto, cosa que se ha omitido en la presente edición. El prologuista y traductor insiste en querer recuperar esta obra para la historia mal conocida del «aristotelismo», lo cual indudablemente es razonable, pero quizá habría que escrutar también ciertas corrientes realistas y antiidealistas de la época que podrían permitir situar mejor la obra.

Obra, en primer lugar, extraña y que muestra la independencia de juicio del autor. La crisis creadora en la llamada «teología natural» es tan evidente desde el final del racionalismo clásico que casi todos los filósofos posteriores o se desentienden de ella, o engloban alguno de sus problemas en una clave distinta como es la de la «filosofía de la religión». Brentano, en cambio intenta rehacer toda su problemática clásica y, además, desde las nuevas bases ofrecidas por la ciencia de entonces, lo cual no deja de ser peligroso sobre todo en vistas a la crisis de fundamentos de las ciencias que esperaban a éstas en los últimos años de vida de Brentano. La obra, en segundo lugar, se hace difícil para el lector español por suponer unas bases gnoseológicas que exigirían el conocimiento de otras obras no traducidas de Brentano como son *Versuch über die Erkenntnis* (publicado en 1925) y los trabajos que componen *Wahrheit und Evidenz* (1930); aunque el traductor es consciente de ello, quizá lo que dice en el prólogo no sea suficiente para remediar esa carencia.

No es éste el lugar para entrar en el contenido de una obra rigurosa y tupida de problemas. Un poco superficialmente, diríamos que tiene una parte negativa y otra positiva. La parte negativa es fundamentalmente una refutación del agnosticismo y del argumento ontológico (69-103) desde una posición original en la que Brentano pone sumo cuidado en dejar bien patentes sus diferencias con Kant; desde luego, la crítica al gran filósofo (y, por extensión, al idealismo que casi ni se menciona) es constante, dura y a veces casi cruel (cf. 120-56), en contraste con la marcada benevolencia hacia

Hume. La parte positiva me parece centrada en uno de los más amplios y rigurosos desarrollos que existen del argumento *teleológico* (231-382), en definitiva quizá el más prestigioso de la teología natural y también el más usado en la última etapa de la metafísica teológica; ¿no se reduce a eso el problema leibniziano de la «teodicea» y la referencia a Leibniz no aclara mucho la posición de Brentano? ¡Lo curioso es que dentro de las pruebas del orden del mundo la biología ocupa un destacado lugar, una biología evolucionista (aunque no darwinista en sentido estricto) que hace de Brentano uno de los primeros defensores de la compatibilidad de evolucionismo y teísmo. Los restantes argumentos utilizados (movimiento, contingencia y la que llama «prueba psicológica») están mucho menos elaborados.

La obra tiene indudable interés filosófico, independientemente de cualquier moda; la talla filosófica y el rigor de su autor están tan fuera de duda como su independencia de criterio y aún quien no esté dispuesto a compartir las afirmaciones o negaciones de Brentano encontrará aquí abundante material de reflexión. Bien traducida y magníficamente presentada, quizá el traductor debería haber prodigado más las notas explicativas y no sólo en la dirección tomista, aprovechando las «anotaciones» que A. Kastil había puesto al original alemán y explicando conceptos un poco difíciles para el no familiarizado con el pensamiento de Brentano. También me parece que sería preferible haber mantenido el «índice general» parágrafo a parágrafo de la edición alemana, en lugar de abreviarlo en las grandes divisiones. Publicación, con todo, filosóficamente importante por encima de simpatías o antipatías personales y de escuela.

A. Pintor-Ramos

J. M. Bochénski, *¿Qué es autoridad? Introducción a la lógica de la autoridad* (Ed. Herder, Barcelona 1979) 154 pp.

Es conocido el autor por sus libros de historia de determinadas corrientes filosóficas, pero sobre todo por sus estudios epistemológicos, y más concretamente lógicos. Este nuevo libro suyo quiere ser, y es, como indica el subtítulo, una «Introducción a la lógica de la autoridad». Libro no extenso, es, según por donde se le mire, modesto o arrogante, como corresponde al tipo de filosofía que en él se ejercita: «La que se denomina 'filosofía analítica'». Su redacción es sobria, fría y dura, como cuadra a tal filosofía. No sin cierto desdén, quedan descartados otros modos de filosofar, en concreto los que consisten en «unas elucubraciones poéticas que aspiran a provocar un 'estremecimiento metafísico'» (p. 10).

Abarca once capítulos, que versan sobre: 1) Estructura fundamental de la autoridad; 2) Ambito, sujeto y portador de una autoridad; 3) Propiedades de la autoridad en general; 4) Especies de autoridad; 5) Autoridad epistemológica; 6) Racionalismo; 7) Autoridad deontológica; 8) Delegación de la autoridad; 9) Especies de la autoridad deontológica; 10) Libertad, tolerancia y anarquía; 11) Autoridad y fe. En esa enumeración quedan suficientemente señalados los problemas que se analizan en el libro, pero dice muy poco de su verdadero contenido y de la forma rigurosa de tratarlo. No estudia la autoridad en todos sus aspectos, por ejemplo el psicológico o el sociológico, aunque lo que aquí se dice no deje, ni mucho menos, de ser relevante en esos campos. El análisis lógico a que somete la noción de autoridad parte de considerarla —entre las diferentes «categorías» de objetos, a saber, «cosas, propiedades y relaciones»— como una relación. En la p. 15 ordena esquemá-

ticamente el desarrollo en dos apartados: I) La autoridad en general; II) Especies de autoridad. Distribuyendo este segundo en tres subapartados: A) Autoridad del que sabe; B) Autoridad del que preside; C) Relación mutua. Resumir el apretado contenido sería imposible. Pero puede decir algo sobre la forma de exponerlo el indicar que procede ofreciéndolo a base de proposiciones, breve, pero sólidamente razonadas y escalonadas. He aquí las tres primeras (pp. 22-29), índice de lo que es todo el libro: «1.1. La autoridad es una relación; 1.2. La autoridad es una relación ternaria entre un portador, un sujeto y un ámbito; 1.3. P es una autoridad para S en el ámbito A, justamente cuando S acepta en principio todo cuanto P le comunica como afirmación y pertenece al ámbito A», etc.

El trabajo evita todo simbolismo, pero supone una larga elaboración al respecto, sobre un campo no demasiado atendido hasta el momento por la lógica. No ha de tomar el libro en sus manos quien busque en la filosofía elucubraciones aptas para provocar «estremecimientos metafísicos». Pero quien se encuentre cómodo frente a razonamientos elegantes gozará con esta lectura, salpicada por otra parte de humor, que, además, donde menos se piensa, deja caer indicaciones, derivadas del propio discurso, que esclarecen importantes problemas, desde la propia metafísica a la política.

S. Alvarez Turienzo

G. Morra, *Marxismo y religión*, pról. de R. Gómez Pérez, tr. por C. García-Villalba (Madrid, Ed. Rialp 1979) 321 pp.

El autor de la presente obra, discípulo de G. della Volpe y antiguo militante comunista, es hoy un católico profesor en la universidad de Bolonia. Esta obra de alta divulgación pretende ofrecer al lector culto no especializado un panorama general de las relaciones entre marxismo y cristianismo (ésto significa de hecho la «religión» del título). Comenzando por los antecedentes de Hegel y Feuerbach, el autor expone luego la postura de Marx y Engels, para pasar revista a continuación a las distintas variantes del marxismo y neomarxismo agrupándolas por lenguas: alemán, polaco, checoslovaco, francés e italiano. Se dedica luego un capítulo a esos intentos recientes de aplicar el materialismo a la lectura del Evangelio, otro a los grupos de «cristianos por el socialismo» con la obra de Girardi en primer plano, para concluir con una exposición del compromiso temporal exigido por el mensaje cristiano.

La obra puede ser utilizada a un doble nivel. En primer lugar, ofrece una apreciable documentación sobre autores y aspectos no muy conocidos; sorprende un poco la ausencia del marxismo yugoslavo (sobre todo, tratándose de un autor italiano) y también de algunas direcciones surgidas en oposición a la matriz marxista-leninista. El lector español lamentará quizá la ausencia de un tratamiento explícito del caso cubano y la falta de referencias a algunas contribuciones del marxismo español, sobre todo frente al trato explícitamente favorecido que se concede al marxismo italiano. Sin embargo, el autor podría contestar muy razonablemente que en un libro como éste no tiene por qué ser exhaustivo.

Pero el propósito final de la obra no es meramente expositivo. Por mi parte, ante todo agradecería al autor la claridad de su postura en medio de tanto lenguaje ambiguo como es hoy habitual e independientemente de que se pueda compartir en todos los puntos su postura. El autor defiende con

nitidez la imposibilidad de ser al mismo tiempo cristiano y marxista, si se quiere ser alguna de esas cosas de modo cabal. Pero su posición es muy matizada y sus amplios conocimientos sociológicos le conducen a planteamientos que se alejan de los trillados caminos de las dicotomías maniqueas; la condena que en nombre del cristianismo se hace de la concepción burguesa de la vida y de la ideología tecnocrática me parece la más dura del libro. Me permito sugerir al posible lector de esta obra que quizá se comprenda mejor si se tienen presentes hechos concretos de todos conocidos, que quizá están en su trasfondo; así, el fracaso de los diálogos entre cristianos y marxistas de moda hace algunos años, lo que en la política italiana significó el «compromiso histórico» con los consiguientes replanteamientos ideológicos, el camino que entre ciertos grupos de cristianos tomaron ciertas expectativas surgidas a raíz del *aggiornamento* promovido por el Vaticano II, el mayo revolucionario de 1968, etc. A este nivel, los aludidos conocimientos sociológicos del autor ayudarán a esclarecer algunas cuestiones que aún no han perdido actualidad. En cualquier caso, una obra que resulta aprovechable para una primera información amplia sobre el tema y una postura matizada a tener en cuenta en la oceánica bibliografía suscitada por este tema de perenne actualidad. Ojalá su publicación en las peculiares circunstancias españolas no sea utilizada para intereses partidistas que desvirtuarían todas sus posibles aportaciones.

A. Pintor-Ramos

Karl Korsch, *Sobre la teoría y la práctica de los marxistas* (Selección y notas de E. Gerlach y J. Seifert, Introducción a la ed. castellana de Fernando Broncano y Juan Antonio P. Millán (Salamanca, Ed. Sígueme, 1979) 276 pp.

Karl Korsch se dio a conocer por los años veinte como un honesto marxista que, tras el triunfo de Lenin y de la dogmática revolucionaria personalizada en torno a él, se dedicó a coquetear con la izquierda. Algo parecido a lo que pasó con Lukács. Uno y otro —no fueron los únicos— se vieron marginados, aunque fueron saliendo adelante, alternando, sobre todo el segundo, veleidades con reconciliaciones. A través de las páginas de este libro puede seguirse la trayectoria concreta de Korsch, de lenta y creciente desidentificación a lo largo de su vida de la teoría marxista y hasta de la causa revolucionaria.

*Sobre la teoría y la práctica de los marxistas* reúne una colección heterogénea de trabajos del autor que llenan el tiempo que va desde 1921 a 1950. La mayor parte de esos trabajos responden a situaciones ocasionales y discuten tácticas de acción. Algunos de ellos tienen cierto aliento teórico. En su conjunto se leen como literatura de otra época; literatura interesante como base documental para hacer la historia socio-política de ese periodo.

Entre los títulos que recoge la miscelánea hay dos que se refieren a España. Conocía nuestro país de visita y parece mostrar cierto grado de información sobre sus asuntos. Se trata de los capítulos diez y once, que se titulan: «La revolución española» y «Preliminares históricos de la revolución española». Me ha chocado el contenido del último, que mete en cinco páginas todo lo que promete el epígrafe. Ortega y Gasset se aventuró a relacionar revolución con oposición, añadiendo que «en España no hay ni ha habido nunca oposición», que los españoles «somos un pueblo sustancialmente gubernamental»; y que en España, consecuentemente, «no ha habido

jamás una verdadera revolución». Korsch parte de esas opiniones del que, por 1931, fue «un dirigente activo de la revolución española», para, después de tratarle de ideólogo incapaz de comprender el proceso revolucionario, a partir entre otras cosas del «sinsentido» de relacionar revolución con oposición, dar por sentado que España es algo así como congenialmente revolucionaria. «España ha sido durante los últimos 130 años un país en el que ha habido revoluciones continuamente y a intervalos regulares». Se añade que han sido revoluciones como de segunda clase, hechas con retraso y con ritmo lento, etc. De ser una ferviente revolucionario, a la vista de los efectos mágicos de esa revolución en continuidad «a intervalos regulares» de los últimos 130 años de la historia española, la única alternativa que tendría era la de dejar de serlo.

Fuera del interés documental de pasado no me parece que la publicación de esta obra venga a llenar ningún hueco que se encontrara vacío. Los cuidadosos prologuistas dan en la «Introducción» las justificaciones que, no obstante, quieren persuadir de que la traducción y presentación del libro al público de habla castellana merecía ser realizada.

S. Alvarez Turienzo

André de Peretti, *El pensamiento de Carl Rogers* (Sociedad de Educación Atenas, Salamanca, 1979) 378 pp.

Carl Rogers centró su trabajo en un campo interdisciplinar en el que se implican psicología, filosofía, moral, pedagogía, ahondando de continuo en la exploración de la realidad del hombre, y siempre en busca de formulaciones más comprensivas para sus descubrimientos y convicciones. Perteneció al grupo americano iniciador de la psicología humanista. Su línea terapéutica y educativa va asociada a cosas como la empatía, acción centrada en el cliente, grupos de encuentro y, sobre todo, la «no-directividad».

El autor nos presenta su fisonomía moral e intelectual en este libro, desarrollado con agilidad narrativa; no exento de tono apologético. El último capítulo está dedicado a desautorizar a varios de los críticos —que no han faltado— de su protagonista. La obra tiene interés por la vivaz imagen con que se nos presenta, no ya la figura de Rogers, sino, en relación con él, el cuadro de intereses en que se mueve, las relaciones espirituales que mantiene con autores del pasado, y sobre todo contemporáneos. En sus páginas puede percibirse cómo se hace operativa la crítica de la ciencia psicológica oficial dominante en los medios académicos americanos; cómo puede realizarse la comunicación de ideas entre continentes (Estados Unidos y Europa); cómo puede hacerse psicología a partir de la experiencia, sin por ello negar las aportaciones puestas al servicio del madurar humano por sabidurías y filosofías. Empresa provocativa de un autor que, a lo largo de su vida, ha recibido encomios y censuras. «Una influencia estimulante o vivida como provocadora e insoportable, un valor de autenticidad que frecuentemente crea inquietudes, y el testimonio de una problemática y de un cuestionamiento desconcertantes que quieren tenerse por superados, cuando ya se manifiestan como insuperables... Este es el verdadero Rogers» (p. 351). Estas líneas de la «Conclusión» dejan ver lo que es el tono del libro, y también la equívoca disposición con que, según los casos, es recibido el «pensamiento» de Rogers.

S. Alvarez Turienzo